

Las bodas de Carmela

Virginia del Río



Carmela trabajaba en una fábrica de ropa.

Cosía tosca ropa de trabajo. Dura ropa de mezclilla. Las puntas de sus dedos estaban ásperas, maltratadas. Cierta vez se pescó el dedo meñique de la mano izquierda con la aguja de la máquina de coser. A raíz de este pequeño accidente su uña se volvió color violeta.

Carmela era hija de doña Lucila, una mujerona alta, robusta y mal encarada, a la que las almas piadosas del barrio (un montón de viejas persinadas, todas vestidas de negro, flacas, feas, bigotonas, viejas jijas) señalaban con los flacos dedos.

¿Y por qué?

Ah. Nada más porque doña Lucila tenía un hijo rubio, otro casi negro, unas niñas trigüeñas y, claro, a la Carmela, que era morena clara. Doña Lucila jamás en su vida se casó y, como decían las malas lenguas, "andaba con hombres". Más bien ellos la buscaban, había algo en esa mujer que los seducía, los encantaba. Quizá sus modales de osa amaestrada, su aire de gladiadora.

A pesar de que Lucila no se metía con nadie. Jamás asomó sus toscas narices en ningún pleito ni prestó sus orejas coloradas a los chismes y nunca de los nunca tuvo una grosería con sus vecinos, a pesar de que trabajaba duro nunca logró que las viejas mochas le dirigieran la palabra. La señalaban con sus dedos artríticos y de uñitas descoloridas.

Un día Carmela anunció que se casaba.

Toda la casa se puso en movimiento. Ya salía un chamaco con un encargo. Ya regresaba una de las niñas con un recado. Alguien agarraba una escoba. Unas manos toscas abrían las ventanas para que la casa se ventilara: se cocinaba una fiesta.

Doña Lucila consiguió un tocadiscos prestado. El primo de un amigo de un vecino trajo los discos. Pura música buena: danzón, cha cha cha, mambo... Carmela compró refrescos para las mujeres y los niños. Consiguió cerveza para los hombres. Las vecinas improvisaron una cena. Alguien trajo unos frijolitos, otra señora unas tortillas, aguacates, chilitos, sobras de picadillo, arroz, molito. Cuanta invitada llegaba era de inmediato conducida a la cocina para ver en que ayudaba. Y a ver, pues podemos hacer unos taquitos de picadillo, unos frijolitos con tiritas de tortilla frita, a ver, muele estos chilitos y con este queso podemos hacer unas quesadillas, y, ay mejor no, ya huele feo, no lo tires, ya me quemé, ya me corté, ya merito está la cena.

Casi a última hora se dieron cuenta que la novia no tenía ajuar.

Nadie se alarmó. No hubo gritos. Ni sobresaltos. Doña Lucila le ordenó a su hija que se metiera a bañar, que ella se encargaba, pues, total, para eso soy su madre, pa ayudar a mi hija.

A Doña Lucila le bastó mirar a las mujeres presentes...

Cuando Carmela salió del baño, envuelta en nubes de vapor y olorosa a Camay, el jabón de las reinas de la belleza, pudo ver que sobre la cama estaba un vestido blanco, una corona, un velo y unos zapatitos de tacones chuecos y puntas raspadas, pero eran blancos, eso sí...

Parte de las invitadas se dedicaron a peinar a la novia. Tan lindo tu pelo, Carmela, ondulado, suavcito. Negro. Negro. Da pena darle tirones. Mejor así, suelto de raya en medio, al lado, no mejor de raya



en medio, mira, hasta te pareces a esta que canta, ¿cómo se llama? Ay, luego me acuerdo, ya me voy, porque tengo que ayudar a acomodar las sillas.

Trajeron sillas de todas las casas. Sillas de lámina, sillitas de madera, banquitos...

El vestido fue planchado. La novia fue vestida y calzada y en cuanto Carmela entró toda ajuareada los asistentes le tributaron una ovación cerrada, era como si hubieran visto un acto de prestidigitación.

La aguja del tocadiscos cayó sobre el primer disco. El disco giraba, la música se desenredó como una serpiente, la risa rodaba de boca en boca, las cervezas resbalaron por la garganta.

La casa entera giraba sobre sus viejos cimientos.

A nadie le importó que no se presentara el juez del registro civil. Y en ningún momento a nadie se le ocurrió sugerir que, en caso de matrimonio siempre es pertinente hacer uno que otro trámite, firmar algunos papeles, decir que sí, que sí acepto, que lo quiero con toda mi alma, que es el hombre de mis sueños y ella es la mujer de mi vida, mírela que chula se ve, a pesar de los zapatitos chuecos y de la ñuita color violeta...

Los invitados se dejaron envolver, entraron de lleno en ese pequeño remolino. Carmela, con su vestido prestado parecía ser el centro de esa alegría loca, que sirvan las otras, a tu salud Carmela, Doña Lucila ya siéntese, si, si estamos bien, muy sabrosos los taquitos, pero las quesadillas sabían raro, ay, ora tú ¿por qué me pellizas?...

Aquello acabó a las dos de la mañana. Ya, ya apagaron el tocadiscos, ya no vayas a la comandancia, mira nomás cómo salen, cayéndose de borrachos, sabrá Dios qué cochinas habrán hecho, si, porque en esas fiestecitas nomás se hacen puras marranadas, con el pretexto del baile las mujeres se prestan para las caricias antinaturales, para los actos no bendecidos por el señor. Míralas, cómo van, con los ojos brillantes. ¿No será por la desvelada? Cuál desvelada, ni que desvelada. Es el fuego de la lujuria. Mira, huele, siente, piensa, imagínate lo que hicieron, cómo se tocaron, dónde se acariciaron. Dios mío, qué difícil, qué difícil es ser pura.

Todo el mundo recordaba lo bonita que se veía Carmela con su vestido, de lo bien que bailaba Doña Lucila y del novio, un güerito con cara de buena gente que anduvo como perdido en esa marea humana.

Dos semanas después Carmela anunció que se casaba. Sus hermanos anduvieron de puerta en puerta anunciando la boda, invitando a los vecinos, a los parientes de los vecinos, a los amigos de los parientes de los vecinos. Vente, que se va a poner re suave, se nos casa una vecina.

El mismo día de su boda Carmela tuvo que trabajar doble turno en la fábrica. Cuando llegó a su casa descubrió que no había cena, ni refrescos, ni cerveza. Pero eso sí la casa ya

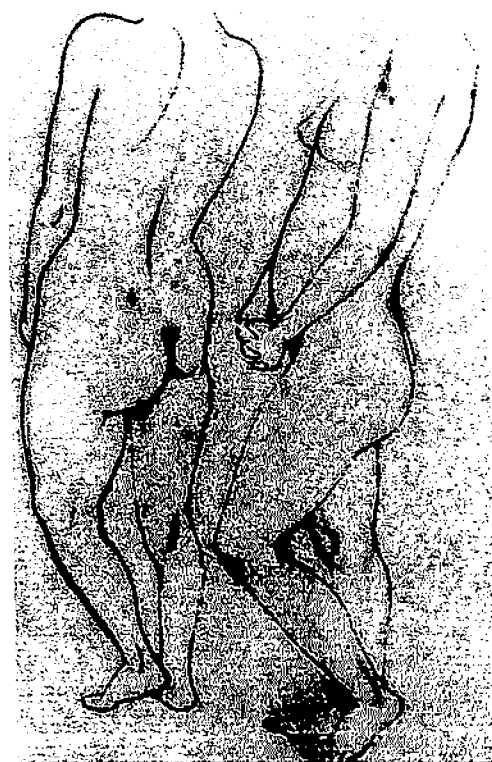
estaba llena de invitados y desde el tocadiscos Pérez Prado sentenciaba que que rico mambo, con la convicción de quien está diciendo una verdad absoluta.

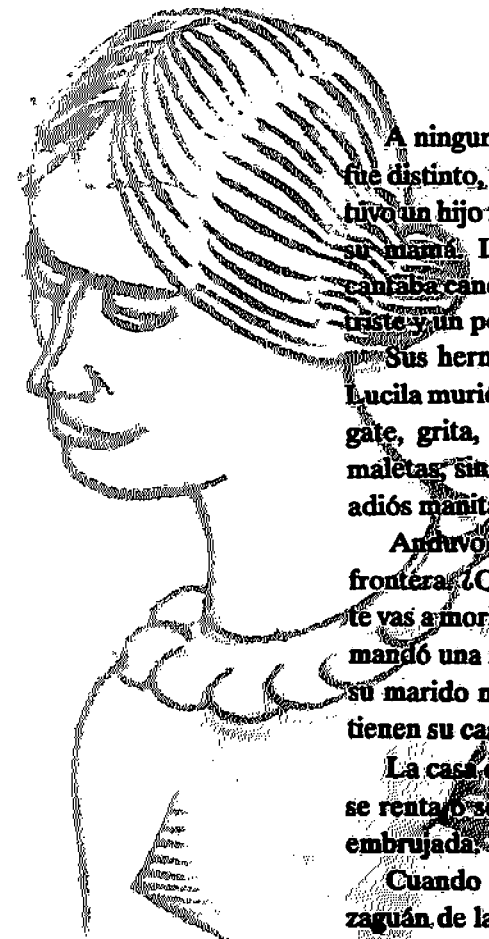
Doña Lucila organizó una vaquita entre los vecinos. Disculpe que no le dé más pero es que mañana cobro y ando re bruja. Mire, aquí está el abono de mis sábanas, nada más le pido de favor que me avise cuando venga el cobrador para esconderme. El señor de la tienda es cuate mío y le puedo pedir fiados unos refrescos y unas cervezas.

Mientras el novio barría, no el güerito de la otra vez, sino un moreno de ojos verdes. Uno de los chamacos entraba corriendo con unos pasteles envinados que había conseguido en la panadería de la esquina. Una vecina entraba con un vestido blanco oloroso a naftalina.

Esas dos fueron las primeras bodas de Carmela. Porque hubo más. Muchas más y todas muy bonitas. Bien alegres. Algunas veces se comió pollo rostizado, en otras tacos y hubo una en que no se comió nada, pero eso era lo de menos, si nosotros, Carmelita, lo que queremos es acompañarte en este momento tan especial de tu vida.

Una vez el vestido le quedó muy apretado y la pobre apenas podía respirar, luego le prestaron un vestido tan largo que pisaba los encajes el vuelo y en otra ocasión le prestaron un vestido con una sospechosa mancha café.





A ninguna de sus bodas fue el Registro Civil y el novio siempre fue distinto, algunas veces muy platicador, otras muy serio. Carmela tuvo un hijo moreno, una niña rubia, un niño gordo y pelirrojo como su mamá. Los domingos tomaba cerveza. Tenía una guitarra y cantaba canciones antiguas. Abrazaba a sus hijos y se sentía un poco triste y un poco feliz.

Sus hermanos crecieron y buscaron su rumbo y cuando Doña Lucila murió, Carmela se cambió de barrio. Carmela, llora, desahógate, grita, pero no te quedes así tan callada. Callada hizo sus maletas, sin decir nada se despidió de sus compañeras de trabajo, adiós manita, Carmelita, no te fayas.

Anduvo paseando su tristeza por aquí y por allá. Cruzó la frontera. ¿Qué vas a hacer allá con los bolillos? ¿con esos gringos? te vas a morir de pena. Y no. No se murió. Se casó de a de veras. Nos mandó una foto de su boda. Con su vestido blanco blanco blanco y su marido negro negro negro negro. Y a ver cuando vienen, aquí tienen su casa, si ya mero.

La casa en que vivía está abandonada. Y a quienes preguntan si se renta o se vende les decimos que no, mejor ni se acerque, está embrujada.

Cuando nos sentimos nostálgicos, nos acercamos al polvoso zaguán de la casa de Carmela, recordamos las fiestas, la música, el fulgor de sus ojos y, entonces, de los oscuros rincones de la casa surge, dulce y tibio, el olor de un pastel de boda que nos cura, nos reconforta, nos aclara los pensamientos y todos coincidimos en una cosa, que Pérez Prado fue un gran hombre, y si, es cierto, mambo, que rico mambo, que rico, que rico es... ▽

